

**Conferencia impartida por el Padre General Arturo Sosa, S. I. a la comunidad académica de la Facultad Jesuita de Filosofía y Teología (FAJE)
Belo Horizonte, MG, Brasil
23 de octubre de 2017**

Pensar bien para construir juntos el Bien Común

Me propongo compartir con ustedes esta mañana algunas reflexiones sobre la importancia del *pensar* como lo propio de nuestro apostolado intelectual y su relación con la construcción del bien común.

1. El apostolado intelectual desde nuestras instituciones de enseñanza superior

Las Facultades y Universidades forman parte de las instituciones que, en la sociedad, están llamadas a alentar la diversidad cultural propia de la creatividad humana a lo largo de la historia, promover la justicia social en la producción y distribución de los bienes civilizatorios y propiciar la vigencia de los derechos humanos en todas las relaciones sociales. Su capacidad de crear pensamiento orientado a la formulación de un sistema de ideas para el desarrollo sostenible y transmitir conocimiento, de una manera adecuada a la sensibilidad de las generaciones más jóvenes, para formar constructores de nuevos caminos y pensadores independientes, las coloca en una condición privilegiada para contribuir a orientar la globalización en la dirección de la humanización de la historia.

En este contexto cobra, entonces, particular importancia esa dimensión de la identidad académica y universitaria que resumimos en la palabra *pensar*. En efecto, pensar es una actividad plenamente humana y compromete a todo el ser humano en una forma compleja. A través del pensamiento se construyen las relaciones a través de las cuales los seres humanos producen y reproducen su propia existencia personal y colectiva. Pensar no se limita al uso adecuado de la racionalidad. El pensar humano compromete la sensibilidad, los sentimientos, la capacidad creativa y la necesidad de elegir entre alternativas posibles, haciendo uso responsable de la libertad.

Pero el pensar que queremos es un pensar con especial calidad, un pensar que tiene sed de profundidad. En ese sentido, la Congregación General 36 -que hace exactamente un año estaba reunida en Roma- re-proponía a la Compañía un tema tan fundamental para mi antecesor, el P. Adolfo Nicolás. Dice la Congregación General: *No queremos proponer una esperanza simplista (...). nuestro aporte (...) tiene que distinguirse por su profundidad: una profundidad en la interiorización, y "una profundidad en la reflexión que nos permita comprender la realidad con más hondura y ser más eficaces en el servicio". Para conseguirlo es necesario que los jesuitas en formación reciban una preparación intelectual sólida y encuentren ayuda para crecer en integración personal*¹. Es exactamente lo que se

¹ Congregación General 36 (CG 36), D. 1, n. 33.

está haciendo aquí en la FAJE, y felicito sinceramente a toda la comunidad académica por ello, animándoles a no escatimar esfuerzos en este sentido.

Pensar significa ir más allá de lo que aparece a primera vista para comprender la complejidad de los procesos en los que estamos insertos, así como encontrarle sentido a lo que se hace y se vive para abrir espacio a la creatividad que inventa caminos alternos para una vida mejor.

El ejercicio del pensamiento nos pide, sin duda, un círculo virtuoso entre el pensar y el actuar. Hay una dinámica circular en la cual se pone en práctica lo que se ha pensado, porque, si no fuera así, la acción sería mera reacción irreflexiva a los estímulos externos e internos y, por tanto, una reacción no humana, sino "animal". Por otra parte, significa también que la práctica estimula, cuestiona, revela y corrige el pensar. Es necesario que el pensamiento sea capaz de aprender desde la práctica, para no perderse en abstracciones irrelevantes. El conocimiento teórico es incompleto sin la práctica. Necesita de ella para poder penetrar más profundamente en los enigmas de la realidad.

Para *pensar* se necesita la conciencia de que no se sabe todo, de que la complejidad de la realidad escapa a las categorías con las que intentamos abordarla y nos abre siempre nuevos caminos para transitar. Pensar requiere superar la lógica fundamentalista a la que arrastra el modo polarizado de ubicarse en la vida.

La lógica fundamentalista es dicotómica, no admite grados ni excepciones y obliga no sólo a mirar la realidad de una sola manera sino a impedir cualquier otra mirada. El fundamentalismo es la muerte de la vida académica, de la investigación proficua, la cual encuentra su alimento en el pluralismo y el diálogo, es decir, en la diversidad de miradas que entran en comunicación profunda para contribuir desde distintos ángulos a la comprensión de la complejidad de la realidad, encontrar el sentido de los procesos humanos e históricos y abrir caminos alternativos.

La historia es rica en ejemplos de cómo el fundamentalismo se puede apoderar de la mirada de personas, grupos, instituciones y culturas enteras. Las religiones lo han hecho y lo hacen "en nombre de dios", las culturas lo han hecho y lo hacen en nombre de la verdadera y única humanidad, los científicos en nombre del saber, los dictadores y tiranos en nombre del pueblo. Los momentos de cambio de época son especialmente propicios para que aparezcan posturas fundamentalistas. La universidad no está exenta de rodar por la pendiente del fundamentalismo intolerante. En los particulares momentos en los que vivimos actualmente en el mundo hay que estar bien atentos en este sentido.

A pesar de no ser una institución de grandes proporciones, impresionan las posibilidades del horizonte plural e internacional de la FAJE: desde la misma composición de su cuerpo discente y docente, con estudiantes y profesores de distintas partes del país y del mundo, pasando por la pluralidad del público que toma parte en las muchas actividades, hasta su presencia institucional en tantas regiones del país y

también en el exterior, a través de cursos, congresos, proyectos de colaboración..., y esto sin hablar de sus egresados. Diversidades personales y comunitarias, diferentes tradiciones religiosas, distintas corrientes de pensamiento y concepciones del mundo encuentran en el *campus* de la FAJE el espacio y la ocasión propicios para generar aquí un diálogo franco, abierto, creativo y fecundo.

Un ambiente académico con esas características es, por sí mismo, una invitación a pensar. La FAJE es una verdadera *escuela de pensar*, respondiendo así a la misión que le toca como institución de estudios superiores bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús.

Desde esta perspectiva el *pensar* como dimensión de la identidad de las facultades y universidades vinculadas a la Compañía de Jesús se entiende como *apostolado intelectual*, es decir, como una actividad que nace de lo más profundo de la misión encomendada a los discípulos de Jesucristo al ser enviados a predicar, en todos los rincones de la tierra y de la historia humana, la posibilidad y la cercanía del reino de la Justicia, la Paz y el Amor². Las recientes Congregaciones Generales insisten en recordar, una y otra vez, que el apostolado intelectual es una de las características definitorias de la Compañía de Jesús desde sus mismos inicios.

Por experiencia conocemos la dificultad intrínseca de la tarea intelectual. Comprender, encontrarle sentido al momento histórico que vivimos, desde la colaboración sincera en la búsqueda de verdad, es el desafío que las facultades y universidades confiadas a la Compañía de Jesús tienen delante en su actividad investigativa, docente y de extensión.

Pero las fuertes exigencias de la labor intelectual no nos pueden hacer perder el ánimo. Hay que seguir adelante, cada vez más conscientes de que en colaboración con otros nos sentimos mejor preparados y más fortalecidos para enfrentar los desafíos, y tendremos, al final, mejores resultados.

La Congregación General 36 lo reconoce, cuando dice: *La colaboración con otros es la única manera que tiene la Compañía de realizar la misión que se le ha encomendado*³. Y como afirma más adelante la misma Congregación, el tema de *la colaboración lleva naturalmente a la cooperación en redes. (...) El trabajo en red (...) se construye cuando se comparte una misma visión y presupone una cultura de la generosidad, abierta a la colaboración con otros y el deseo de celebrar sus logros*⁴. Por eso, reconoce que: *Dada la magnitud y la interconexión de los problemas que enfrentamos es importante apoyar e impulsar una creciente colaboración entre jesuitas y entre las obras de la Compañía por medio de redes*⁵. Esa misión, pues, no es posible realizarla sin entrar en una franca y amplia colaboración con otros en todas las dimensiones del quehacer humano.

² Cf. Mt 28,18-20.

³ CG 36, D. 1, n. 36.

⁴ CG 36, D. 2, n. 8.

⁵ CG 36, D. 1, n. 35.

De hecho, las experiencias de colaboración con otras instituciones bajo la responsabilidad de la Compañía, pero también con otro tipo de pertenencia –tanto en el interior de la Iglesia como fuera de ella– es una característica que se vino haciendo cada vez más fuerte en la identidad y la vida de la FAJE a lo largo de los años. La FAJE ha establecido convenios de colaboración con una larga lista de instituciones y participa en varias redes, tanto en el ámbito nacional como internacional. Sin lugar a duda, tenemos conciencia del serio y determinado esfuerzo que la cooperación con otras instituciones demanda a la dirección, cuerpo administrativo y cuerpo académico de la FAJE, pero estamos también seguros de que el otro platillo de la balanza, donde están colocados el resultado de esos esfuerzos y el de la colaboración, deja ver que vale siempre la pena seguir por ahí.

Esa dimensión constitutiva de la misión de la Compañía de Jesús que se concentra en la expresión *apostolado intelectual* cobra una especial significación en este cambio de época que vive la humanidad. Las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús son uno de los principales instrumentos para realizar el exigente apostolado intelectual hoy día. Contribuir efectivamente a hacer de este mundo un espacio para la vida en paz de todos los seres humanos, para el aprovechamiento de su variedad y riqueza cultural, preservando la biodiversidad y las condiciones del medio ambiente, desde la fe en el Dios de la Vida que propicia un mundo justo y fraterno, es el desafío para esta Universidad.

Tomo la libertad de repetir aquí unas palabras de mi homilía en la Eucaristía de clausura de la Congregación General 36: *Nuestro discernimiento nos lleva a ver este mundo con los ojos de los pobres y a colaborar con ellos para hacer crecer la vida verdadera. Nos invita a ir a las periferias y a intentar comprender cómo afrontar globalmente la totalidad de la crisis que impide las condiciones mínimas de vida a la mayoría de la humanidad y pone en riesgo la vida sobre el planeta Tierra, para abrir espacio a la Buena Nueva. Nuestro apostolado es, por lo tanto, necesariamente intelectual. Los ojos misericordiosos que hemos adquirido al identificarnos con Cristo en cruz nos permiten afrontar la comprensión de todo lo que oprime a los hombres y mujeres de nuestro mundo*⁶.

Una institución de enseñanza superior inspirada por la Compañía de Jesús debe acercarse a la realidad a través de un cuidadoso análisis del contexto. Basada en este análisis, se espera que establezca y mantenga el diálogo por medio de una experiencia de inserción en su entorno. Así desarrolla su labor educativa e investigativa orientada a la acción transformadora de las estructuras generadoras de injusticia entre los seres humanos y con la naturaleza que nos alberga.

La comprensión de la realidad en la búsqueda de la verdad y la transformación de las estructuras injustas se relaciona directamente con los esfuerzos por superar la pobreza, que vincula la tarea propiamente intelectual con la incidencia política que hace posible convertir los hallazgos investigativos en políticas públicas y programas educativos. En ese sentido siguen siendo actuales las palabras de la Congregación General 35:

⁶ Roma, iglesia de San Ignacio, 12 de noviembre de 2016.

Esta Congregación urge a todos los jesuitas y a quienes comparten la misma misión, en particular a las universidades y centros de investigación, a promover estudios y prácticas orientadas a enfrentar las causas de la pobreza y a mejorar el medio ambiente. Debemos encontrar caminos en los cuales nuestra experiencia con los refugiados y los desplazados, por una parte, y con las personas que trabajan en la protección del medio ambiente, por otra, interactúen con aquellas instituciones, de forma tal que los resultados de la investigación y la incidencia política consigan beneficios prácticos para la sociedad y el medio ambiente. Esta incidencia política e investigación deberían estar al servicio de los pobres y de quienes trabajan en la protección medioambiental⁷.

También el papa Francisco, al hablar a los jesuitas reunidos en la Congregación General 36 sobre la relación entre el estudio de la Teología –y yo incluiría ahí la Filosofía y cualquier otro estudio de nivel superior- y el contexto de la vida real, afirmaba, sabia y provocativamente:

Mi consejo es que todo lo que los jóvenes estudian y realmente experimentan en su contacto con diversos contextos, sea sometido también a un discernimiento personal y comunitario y sea llevado a la oración. Debe haber estudio académico, contacto con realidades, no solo periféricas, sino también limítrofes en la periferia, oración y discernimiento personal y comunitario. Si en una comunidad de estudiantes se hace todo esto, yo me quedo tranquilo. Cuando falta alguna de esas cosas, me empiezo a preocupar. Si falta estudio, entonces se pueden decir tonterías o idealizar a veces situaciones de modo simplista. Si falta contexto real y objetivo, acompañado por quien conoce el ambiente, se pueden dar idealismos tontos. Si falta oración y discernimiento, evidentemente podemos ser muy buenos sociólogos o politólogos, pero no tendremos la audacia evangélica y la cruz evangélica que debemos llevar⁸.

En nuestro contexto actual, postmoderno y postcristiano, la Compañía de Jesús confirma su misión de luchar por la justicia que brota de la fe en el Dios que se juega su vida por amor. Siente este momento de cambio como una nueva oportunidad de contribuir a alcanzar un mayor grado de humanidad. Se siente llamada a ir hacia las fronteras para tender puentes que permitan superarlas. Las relaciones con la naturaleza, entre los seres humanos, sus organizaciones sociales y políticas, están llenas de tensiones y conflictos. Como compañeros en la misma misión de Jesús, nos sentimos llamados a contribuir al establecimiento de relaciones justas con Dios, con los demás seres humanos y con la creación.

De aquí la reciente edición del ya tradicional “Simposio Internacional Filosófico-Teológico” de la FAJE. El tema de este 13º Simposio, como bien lo recuerdan, era: “En busca del Bien Común: política y economía en las sociedades contemporáneas”.

Eso me permite pasar a un segundo momento de mis reflexiones, mirando más de cerca al gran reto de la construcción del Bien Común en nuestras sociedades en el actual contexto mundial.

⁷ CG 35, D. 3, n. 35.

⁸ *Tener coraje y audacia profética*. Diálogo del papa Francisco con los jesuitas reunidos en la Congregación General 36, 24 de octubre de 2016.

2. Construyendo el Bien Común como compañeros en una misión de Reconciliación y de Justicia

En su encuentro con los jesuitas en la CG 36, el papa Francisco nos ha dicho: *Creo que la política en general, la gran política, se ha degradado cada vez más en la pequeña política. No solo en la política partidista dentro de cada país, sino en las políticas sectoriales dentro de un mismo continente. (...) En general, la opinión que escucho es que los políticos están de capa caída. Faltan esos grandes políticos que eran capaces de jugarse en serio por sus ideales y no tenían miedo al diálogo ni a la pelea, sino que iban adelante, con inteligencia y con el carisma propio de la política. (...) las polarizaciones no ayudan. Por el contrario, lo que ayuda en la política es el diálogo". En aquella misma conversación, Francisco definía la política como trabajo artesanal para construir la unidad de los pueblos y la unidad de un pueblo en todas las diversidades que hay dentro de ellos. (...) La política es una de las formas más altas de la caridad⁹.*

Sin embargo, lo que infelizmente se percibe en nuestras sociedades es un creciente rechazo a la política, porque lo que sería la gran Política, se ha convertido en una política que no solo es "pequeña", sino mezquina, interesada, auto-referente. Pero tenemos conciencia de que el desencanto completo con la política y sus mediaciones lleva a apoyar soluciones "inmediatas", o sea, que no aceptan seguir los caminos del Estado de Derecho. Se abre el terreno propicio para que se presenten "salvadores de la patria", "paladines de los valores", "defensores de la nación", los cuales, infelizmente, esconden detrás de sus discursos intereses tan mezquinos como los de aquellos a los cuales acusan o atacan, mientras la preocupación por el bien de todos, el legítimo interés por el Bien Común, sigue sin ser tomado en cuenta.

Por tanto, para que las mediaciones políticas puedan cumplir con su función, es imperativo garantizar la autonomía y el equilibrio -aunque tenso- de los tres poderes de la República: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Cuando ese equilibrio se rompe, el Estado se desarticula, y el Estado de derecho es amenazado. De ahí la necesidad de restablecer las bases para un diálogo transparente, sincero, capaz de articular a los tres poderes para así garantizar que el Estado cumpla con su responsabilidad respecto a la nación.

Sabemos la dificultad del diálogo, especialmente en estos tiempos de polarizaciones sociales, políticas e ideológicas tan fuertes, agravadas además por crisis económicas y por escándalos de corrupción en todos los niveles que, a su vez, debilitan la ética y la moral, llevando a mucha gente a entrar en la dinámica de que las únicas "leyes" que valen de verdad son la del "más fuerte" o la del "más listo". Todo eso golpea fuertemente el ánimo de los pueblos y provoca una profunda crisis también espiritual, porque daña las relaciones de confianza, empaña un horizonte de esperanza y hace dudar del amor, que es servicio.

⁹ *Tener coraje...*, o. c.

En este contexto, necesitamos todos de aquella experiencia de que hablaba el papa Francisco a los jesuitas en la CG 36: necesitamos pedir insistentemente la consolación. Nos decía entonces: *Siempre se puede dar un paso adelante en el pedir insistentemente la consolación. (...) Es oficio propio de la Compañía consolar al pueblo fiel y ayudar con el discernimiento a que el enemigo de natura humana no nos robe la alegría. (...) ni por desesperanza ante la magnitud de los males del mundo y los malentendidos entre los que quieren hacer el bien, ni nos la reemplace con las alegrías fatuas que están siempre al alcance de la mano en cualquier comercio*¹⁰.

Sabemos que en la tradición espiritual ignaciana la *consolación* es todo aumento de fe, esperanza y caridad. Necesitamos, pues, experimentar que Dios está presente y actuante en la historia, en nuestras vidas. Esa es la experiencia que nos da la fuerza para seguir. Y la necesitamos no solo para nosotros mismos, sino para que desde nosotros la podamos compartir con los demás. Aunque parezcamos o seamos pocos, queremos ser la sal de la tierra y la levadura en la masa¹¹. Ahí tenemos otra vez el sentido *apostólico* de nuestra labor intelectual. Repito aquí, pues, las palabras de la Congregación General 36, la cual *hace una llamada a toda la Compañía a renovar nuestra vida apostólica tomando como base la esperanza. Necesitamos, más que nunca, ser portadores de un mensaje de esperanza que nazca de la consolación de habernos encontrado con el Señor Resucitado. Esta renovación centrada en la esperanza se refiere a todos nuestros apostolados*¹².

La tarea que asumimos es exigente, pide reflexión, profundidad y habilidad. Se trata de recuperar un tejido social que ha sido dañado. Se trata de brindar criterios y proponer caminos, de recuperar un mínimo de confianza que abra el espacio para el diálogo, se trata de hacernos intermediarios en el diálogo, se trata de inclusive acompañar procesos de reconciliación.

En eso insistía el Santo Padre cuando nos decía: *Trabajar por la paz es urgente. (...) estamos en la tercera guerra mundial, a pedacitos. Ahora los pedacitos se están juntando cada vez más. Estamos en guerra. No hay que ser ingenuos. Y, tras recordarnos varias situaciones de violencia y guerra en el mundo, nos decía todavía: en algunos países se agrega el problema de la ideologización, que provoca fracturas mayores. Creo que trabajar por la paz en esta coyuntura, además de ser una de las bienaventuranzas, es prioritario. (...) ya sea a través de la política, a través de la convivencia y de tantas otras formas*¹³.

Desde ahí se comprende perfectamente el paso dado por la Congregación General 36. Dice su primer decreto: *si contemplamos la realidad con los ojos de la fe, con la visión a la que nos ha habituado la Contemplación para alcanzar amor, advertimos que Dios actúa en el mundo. Reconocemos las huellas del trabajo de Dios, del gran ministerio de reconciliación que Dios ha comenzado en Cristo, y que se realiza en el Reino de justicia, paz e integridad de la creación. La CG 35 se hizo consciente de esta misión [D. 3]. La carta sobre la reconciliación del P. General Adolfo Nicolás y el magisterio del Papa Francisco han dado a esta visión*

¹⁰ Ib.

¹¹ Cf. Mt 5,13-16.

¹² CG 36, D. 1, n. 32.

¹³ *Tener coraje...*, o. c.

una mayor profundidad, otorgando a la fe, a la justicia y a la solidaridad con los pobres y los excluidos, la categoría de elementos centrales en nuestra misión de reconciliación. Más que preguntarnos qué debemos hacer, queremos comprender el modo como Dios nos invita - junto a muchas otras personas de buena voluntad - a participar en esta gran empresa¹⁴. Más adelante, el mismo decreto nos exhorta: Todos nuestros ministerios deben buscar construir puentes, para promover la paz. Para lograrlo tenemos que alcanzar una comprensión más profunda del misterio del mal en el mundo y del poder transformador de la misericordiosa mirada de Dios que trabaja por hacer de la humanidad una familia reconciliada y en paz¹⁵.

En nuestro mundo, a la vez tan conectado pero tan dividido, en el cual el desarrollo de la tecnología informática permite que el volumen y la velocidad de la comunicación e información lleguen a niveles nunca antes imaginados, infelizmente la mayoría de las veces las noticias que más se divulgan son negativas, escandalosas e inclusive falsas. Se ha facilitado enormemente la divulgación de mensajes llenos de odio, prejuicios, violencia. Pues ahí también debemos y queremos ser mensajeros, divulgadores, facilitadores del diálogo, queremos servir a la reconciliación y fortalecer la esperanza de personas y grupos que, como nosotros y con nosotros, se empeñan por una humanidad y un mundo mejores.

Donde y cuando los ánimos asumen posiciones extremistas, cerradas, agresivas, queda poco espacio para relaciones sanas, justas, equilibradas, productivas. Se pone en riesgo el orden social, la misma convivencia humana. La tarea, entonces, es ayudar a las partes a lograr un mínimo de apertura y confianza para que se pueda iniciar el exigente camino del diálogo, sin admitir cualquier tipo de violencia o agresión. Es urgente trabajar desde y por una cultura de la paz.

A esa tarea estamos todos llamados, y la FAJE está llamada a hacerlo desde su identidad de Centro de apostolado intelectual de la Compañía de Jesús. Pero también ya desde su mismo testimonio de comunidad que vive la pluralidad, la tolerancia, el respeto, como ya les he referido anteriormente.

En su encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco nos ha ayudado a comprender claramente la existencia de una conexión fundamental entre la crisis social y la crisis ambiental. El mismo Papa afirma que esa no es una encíclica “verde”, sino una encíclica social¹⁶. Según el Papa, no se trata de dos crisis, sino de una única crisis cuyas raíces se encuentran en el modo equivocado como nuestras sociedades y su economía se han organizado, con un enfoque de depredación y descarte tanto de los seres humanos como de la naturaleza. Esa situación exige, pues, una nueva orientación. Pero para que esa orientación se produzca, hay que comprenderla bien, hay que pensarla y soñarla¹⁷.

¹⁴ CG 36, D. 1, n. 3.

¹⁵ CG 36, D. 1, n. 31.

¹⁶ Cf. *Tener coraje...*, o. c.

¹⁷ Cf. CG 36, D. 1, n. 29.

Hay muchos que afirman que ya no es posible seguir creciendo y que, exactamente por eso, se intensifican las desigualdades, ya que los recursos son limitados. Esto conlleva la concentración de riquezas y beneficios en las manos de una minoría. No hace mucho se han publicado datos muy preocupantes, los cuales indican que en Brasil seis personas poseen el equivalente a las posesiones de otros cien millones de brasileños. Mantener esa lógica, esa dinámica acumulativa, es condenar un país a la catástrofe social. Otros datos recientes, divulgados en los medios de comunicación, revelan el recrudecimiento de la violencia en el campo y contra poblaciones fragilizadas y empobrecidas en función de los intereses de grandes propietarios de tierra y megaproyectos del *agrobusiness*.

En Brasil, como en toda Latinoamérica y todo el mundo, hay urgente necesidad de proyectos sociales y económicos alternativos. Se habla de muchas reformas, pero si se quiere que realmente contribuyan al fortalecimiento de la democracia, de la conciencia ciudadana y de la justicia social, sus propuestas deben ser divulgadas, conocidas, discutidas y asimiladas por la sociedad civil.

En vez de desanimarnos, estos retos inmensos que tenemos delante son estímulos para la labor educativa e investigativa de la comunidad académica de la FAJE. Los estudios de la Filosofía y Teología cobran un sentido nuevo, más fuerte y profundo, cuando los ubicamos en estos horizontes –no siempre tan bellos– que nos propician la oportunidad de asimilar y discutir sus contenidos de manera original.

En la misa de acción de gracias tras mi elección como Propósito General afirmaba: *es necesaria una extraordinaria profundidad intelectual para pensar creativamente los diversos modos con los que nuestro servicio a la misión de Cristo Jesús puede ser más eficaz, conforme a la tensión creativa del magis ignaciano. Pensar para entender en profundidad el momento de la historia humana que vivimos y para contribuir a la búsqueda de alternativas que intenten superar la pobreza, la desigualdad, la opresión. Pensar para no dejar de proponer las preguntas pertinentes a la teología y para profundizar la comprensión de la fe, que pedimos al Señor aumente en nosotros*¹⁸.

La Compañía de Jesús cuenta, pues, con los frutos maduros y abundantes de la labor académica, del apostolado intelectual que se desarrolla en la FAJE. Aunque aparentemente se trate de una comunidad académica pequeña en su tamaño, no lo es en su capacidad. Ciertamente, en esos ya más de treinta años de historia, no le ha faltado –y tampoco ahora le falta ni le faltará en el futuro– la disposición de María, la Madre de Jesús, Nuestra Señora Aparecida, a la cual invité a toda la Compañía en aquella misma homilía del inicio de mi servicio como Propósito General, desde la fe, a vivir la “audacia de lo imposible”.

Muchas gracias.

Arturo Sosa, S. I.
23 octubre 2017

¹⁸ Homilía de la misa de acción de gracias (tras la elección como Propósito General de la Compañía de Jesús), Roma, 15 de octubre de 2016.